

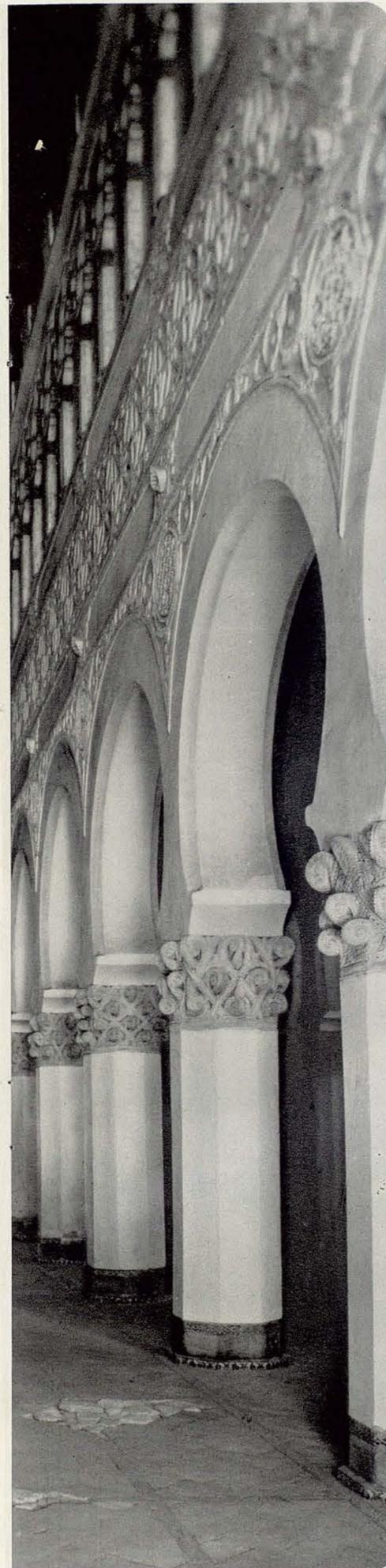
TOLEDO DESDE DENTRO

por Juan Antonio Villacañas





Sobre estas líneas,
Aguila Bicéfal de la
Puerta Bisagra,
y Posada de la Hermandad.
A doble página,
Santa María la Blanca.



EL caso es que Toledo no resulta tan recurso literario como me decía no hace mucho tiempo un escritor vallisoletano. Este amigo, profesional de la literatura, aseguraba que cuando no tenía nada de qué escribir mataba unas horas escribiendo algo alusivo a esta ciudad. Pero su caso no deja de ser sino una postura más o menos utópica, un «no ha lugar» adoptado, a mi entender, erróneamente.

Toledo tiene una clase especial de duende que deja de serlo cuando se pisa su suelo con pie firme. Se le toma el pulso y nos da una serie de confianzas que posiblemente niegan los espíritus de otras ciudades menos inquietantes.

A Toledo le pasa lo que a las aspas de los molinos, que se mueven al viento que les sopla. Si las aspas acusan un desgaste natural, puede que el viento se desgaste también, digámoslo con el refuerzo de la poesía, a medida que va soplando una y otra vez. Por eso a los toledanos no les sorprende la transmutación de ciertas memorias o la alterabilidad de ciertos compromisos o situaciones. Por ejemplo, si alguna de las figuras que adornan interiores o exteriores de sus monumentos se nos aparece de pronto, una mañana, con los ojos vidriosos o notamos que se le ha torcido la nariz, a ningún toledano extrañará tanto que no crea que puede curarse con una aspirina. No les sorprende porque lo ven natural o porque están tan identificados con ellas, que estiman que tienen derecho a sus propias imperfecciones —perfeccionables— o, dicho con menos retórica, a nuestros constipados y demás minidolencias que no necesitan otra medicación que la de los paños calientes.

En Toledo no podemos estar de paso. Está claro que cuesta más trabajo ser que estar. Pero esto no quiere decir que olvidemos que, si estamos, estamos para algo más útil que para presumir de toledanos. Toledo en sí, es una luz permanente, con sus oscilaciones periódicas, algunas de ellas inéditas o no captadas apenas. Pero no tenemos derecho a confundirnos. Y lo hacemos siempre que tomamos como recurso lo que es tema literario.

SANTA CRUZ Y LA REINA DE LA HISPANIDAD

Isabel la Católica tuvo mucho que ver en esta cita histórica. Pero yo no sé si alguien oye ese coro de ángeles que dicen canta en la noche por entre las nubes y los callejones de Toledo. No quisiera ser descortés con estos angelitos tan sonoros, tan dúctiles, tan aéreos, mas sí confesar que lo que yo oigo todas las noches es el murmullo de mi coro de fantasmas toledano y particular. Y permítanme que, con ello, recuerde ahora al malogrado escritor chileno Carlos Sander, con el que tantas veces sentí dentro de estas murallas su amor hacia todo lo hispanoamericano.

Aquí, en Santa Cruz, no hay nada recoleto. Todo es desproporcionado, indefinido como un universo. Toledo está afuera, mínimo o grandioso. Durante la noche le imagino una palmera negra. Durante el día se torna una especie de blanco espiritual. He aquí la mezcla por-

tentosa que hace de Toledo esa realidad predominantemente gris que se presenta ante nosotros, los que no somos capaces de entenderla de otro modo. Si se habla de que esta ciudad es multicolor y tan cambiante como su luz, es porque cada uno de los que, de forma imaginaria, estamos ahora en este lugar y de los que se hallan fuera de él es diferente en pensamiento —en sentimiento— artístico, social y, posiblemente, religioso o político ante un espectáculo común.

Si citamos al cardenal Mendoza, se nos ocurre que este monumento renacentista es sólo una idea. Pero una gran idea que traspasó algunas barreras del «sonido» de la sensibilidad humana. Entonces citamos a la voluntad. Y, con un poco de comprensión o licencia mental, citamos al amor.

Si, por el contrario, decimos Cisneros, escribiremos dinamismo. Suponemos a la voluntad aliada del dinamismo. Consecuencia: Fray Francisco Ximénez de Cisneros es, a mi juicio, y en este caso, una especie de «voluntad dinámica» del cardenal don Pedro González de Mendoza.

Santa Cruz de Mendoza, una cruz griega. Una doble cruz griega que nos hace sentirnos dentro de la belleza, inmersos en una doble belleza clásica y ante un resplandor de antiguas civilizaciones que también contaron relojes orientales.

Los que hayan visto Toledo han andado sus calles sin aceras... y han pisado sus piedras sapientísimas y, quizá, han manchado su traje o su vestido con el polvo milenar o la pátina multiseccular de algún monumento o, simplemente, en cualquier callejón legendario. Pero Toledo deja de ser leyenda en este lugar para convertirse en realidad por obra y gracia de una idea, una vocación artística y una voluntad humana. Primero hospital y albergue para niños desamparados, refugio y amparo. Después, monumentalidad. Ahora, multiplicidad y refugio, asimismo, para el tiempo contenido en cada una de las obras que guarda —y las obras mismas— su condición de museo pictórico, escultórico, arqueológico, presidido por la huella de un emperador, Carlos V, como canto carolino incorporado al ascendente coro de fantasmas, coro de esta ciudad, museo de muchos museos. Y, puesto que parte de la ciudad está aquí dentro, cómoda y confortablemente, vamos ahora a remontarnos al año 1494. Oímos, emocionados, la palabra del Papa Alejandro VI emitiendo la bula y redactando el permiso para la fundación del Hospital. Se va marchando lentamente el aire de la vida del cardenal Mendoza. Como era su deseo, las obras comenzaron...

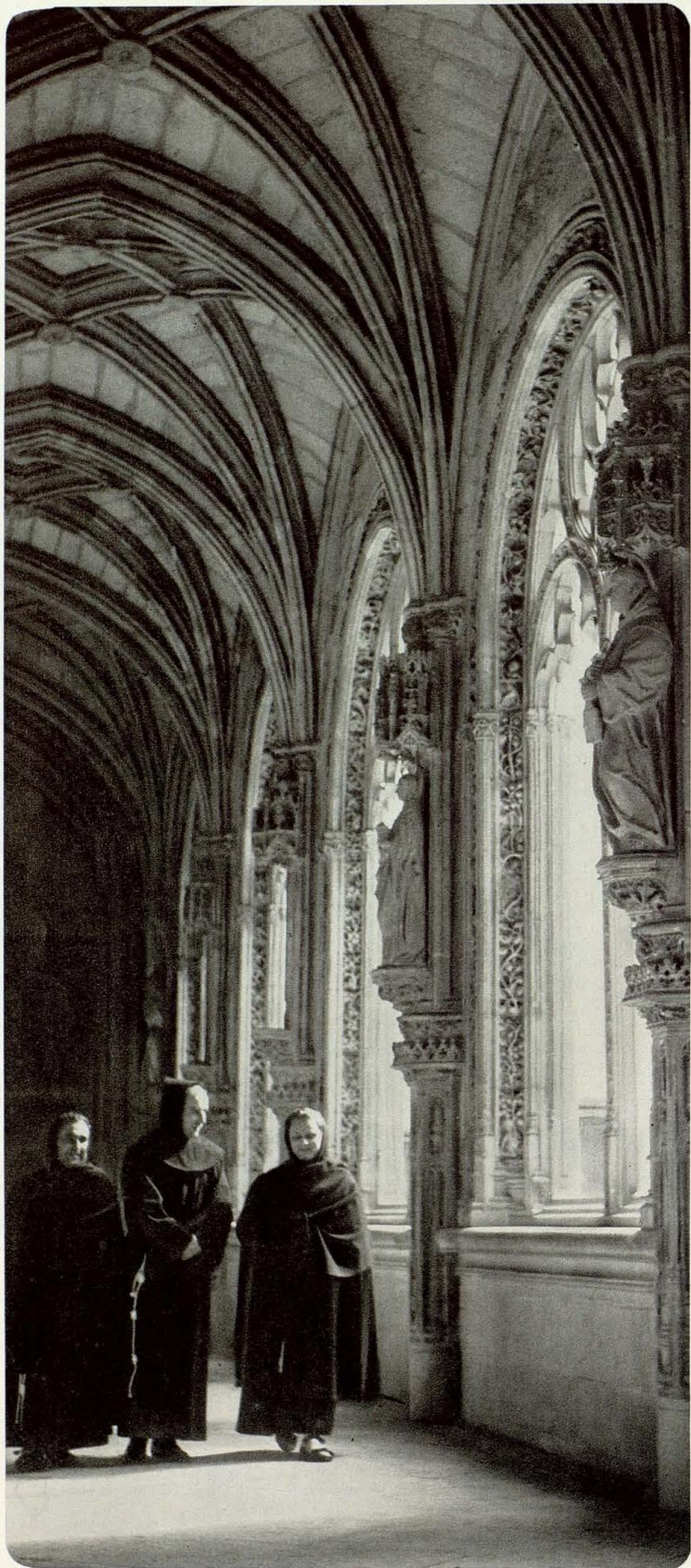
Isabel la Católica, el cardenal Cisneros y el arzobispo de Sevilla, don Diego Hurtado de Mendoza, colman de esperanzas al moribundo:

—Majestad, me llena de tristeza no poderos servir.

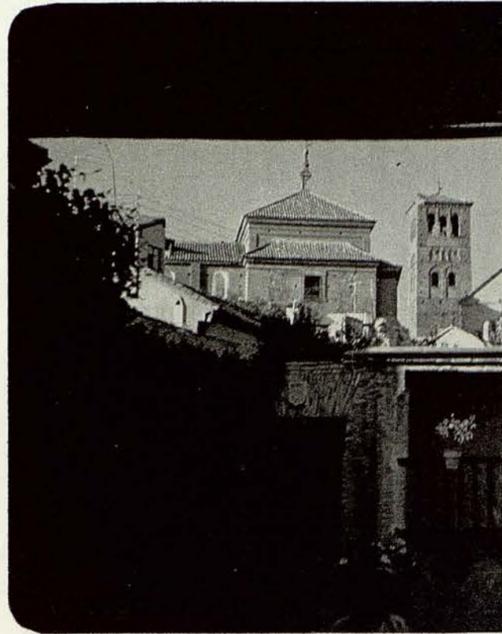
—Tranquilizaos, cardenal. Vuestro valor está en la idea. Nosotros cumpliremos vuestra voluntad, si vuestra paternidad cree que no será capaz de realizarla.

Mendoza mira entonces a los otros:

—Y a vos, Cisneros, os ocupará la parte más difícil. Y a ti, Diego, hijo mío, la obediencia y el apoyo.



Claustro de San Juan de los Reyes.



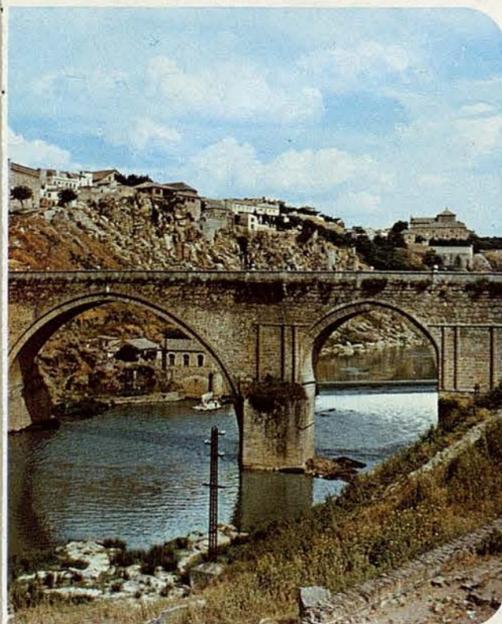
Casa del Greco.



El Alcázar.

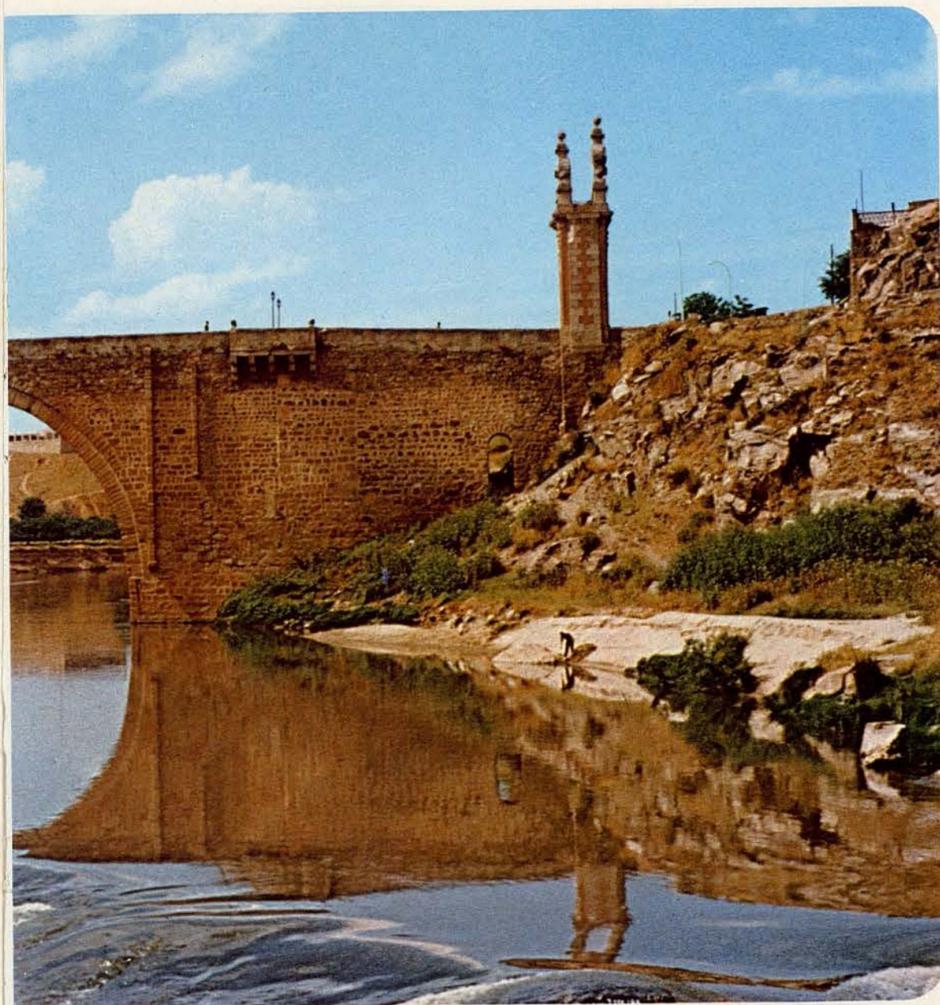
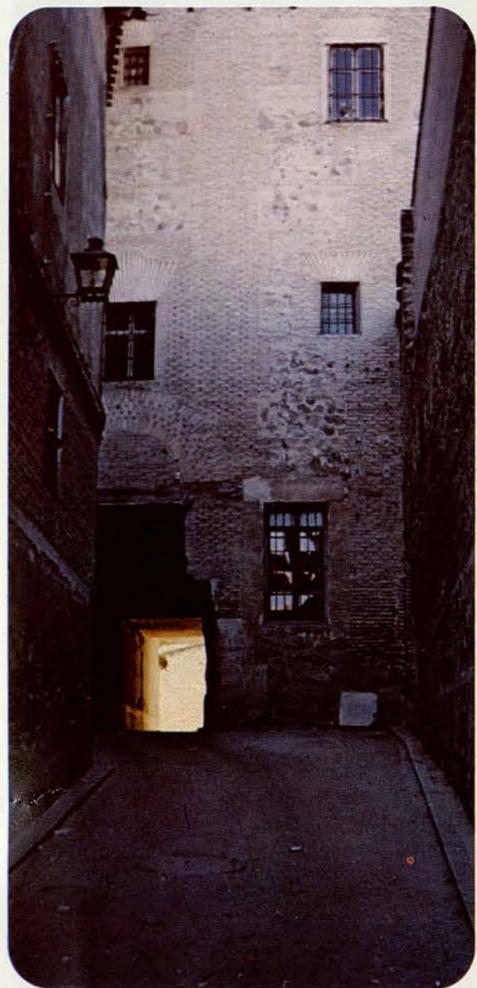


El Tajo.

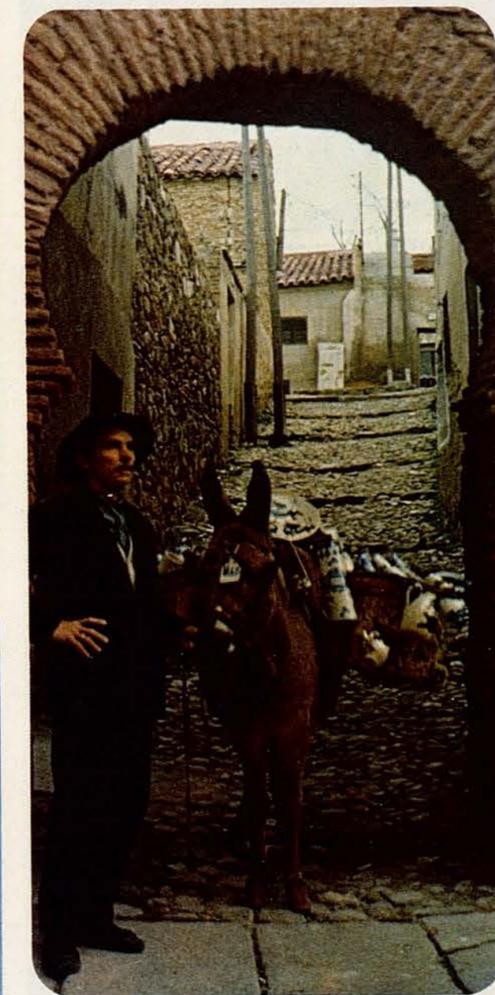


TOLEDO
DESDE
DENTRO

Al fondo, la catedral.

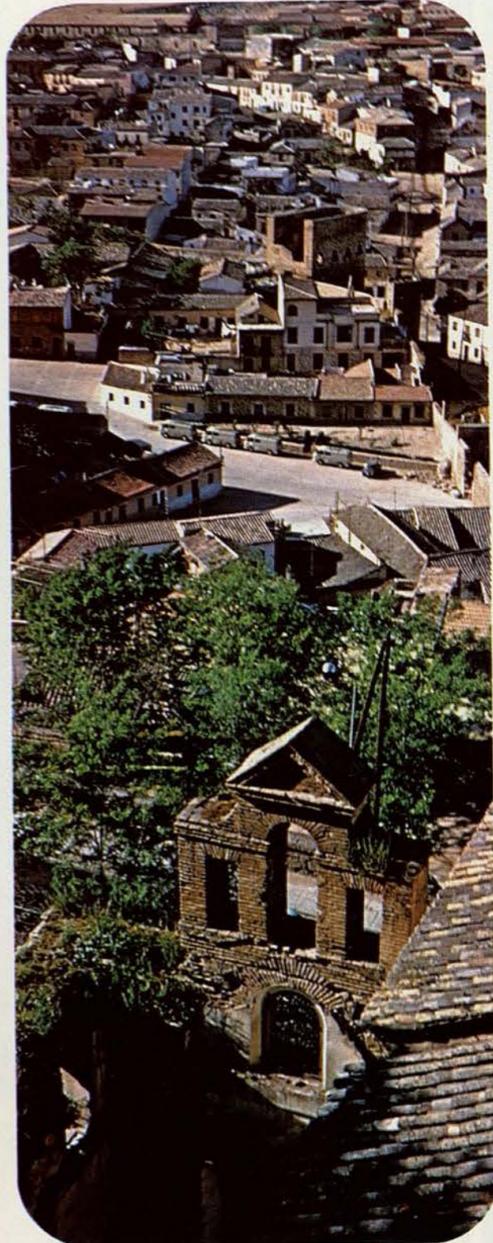


**TOLEDO
DESDE
DENTRO**

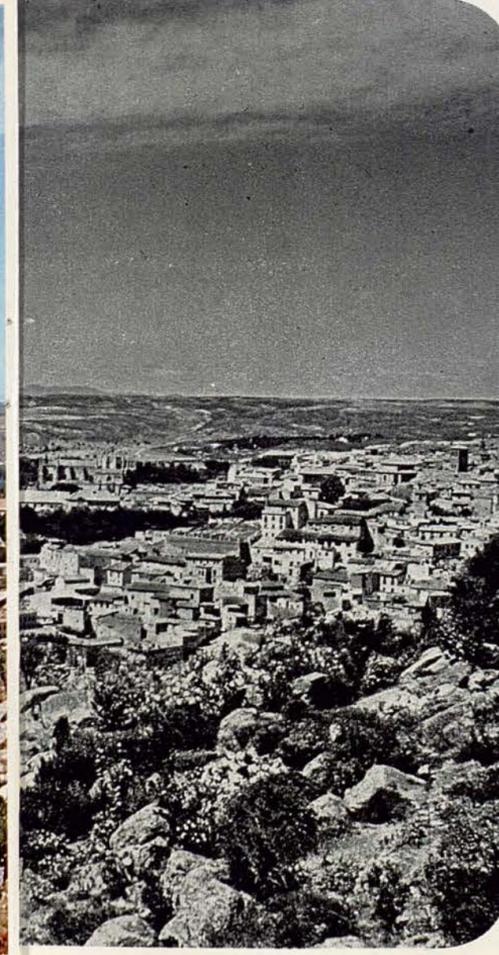
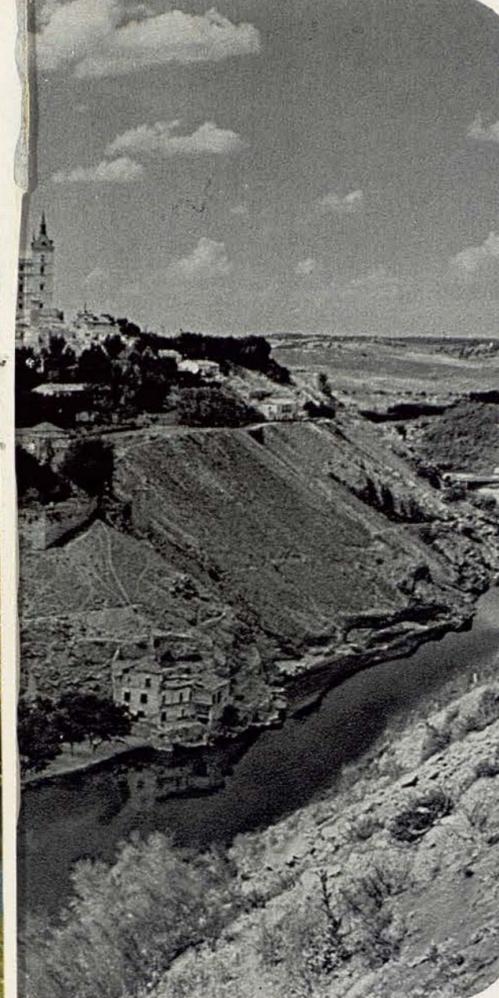


Las calles moras, puente de Alcántara, las Puertas de la ciudad, la catedral, el ojo de la aguja mudéjar por donde pasa el borriquillo bueno.





Los viejos tejados, la ciudad junto al río, la luz distinta de Toledo en la roca firme de España.



Estas, posiblemente, fueron las últimas palabras de Mendoza. La reina habló y decidió en sabiduría. Inmediatamente se retiró a su cámara real para dar las órdenes precisas que llevarían a destruir el lateral gótico, donde un renacimiento irrumpió, desafiante, en ese lado del Evangelio en que se erige la tumba-sepulcro de don Pedro, en el altar mayor de la catedral primada.

Vuelve a escucharse el coro de fantasmas y las cuerdas fantasmagóricas de sus instrumentos. Porque también cantan los ángeles, asistimos a una especie de guerra musical. Aquí lo maravilloso tiene sentido de convivencia y nutrición; aquí, en esta simbiosis divino-fantasmal-humano, de que se nutre la canción del alma, la poesía, en su perfecta y original semblanza, por no decir en su pura originalidad, donde nada es hiperbólico y sí sencillamente formal y explicable. Y si al oír estas voces en las canciones que pululan en nuestra imaginación, alguien cree que está soñando, se equivoca. Hay piedras sepulcrales, siglos grabados dentro de ellas, pero ningún sonido de ultratumba. Pisamos la superficie, y esto es bastante para saber que asistimos a una ceremonia de la realidad. Pongamos nuestro sueño ante cualquier objeto de cerámica prehistórica o en alguna de las hachas neolíticas; bebamos en ánfora romana el recuerdo visigodo, árabe, mudéjar, renacimiento, deambulando y tateando con la emoción de lo encontrado y sorprendido en este recinto, en estas galerías del tiempo, abiertas al público del mundo en la Ciudad Imperial.

LOS MILAGROS

Con la devoción que se tiene a esta ciudad, uno debe pensar también en los milagros. No en todos, claro. Habría para llenar miles de páginas. Tenemos que separar, no obstante, aquellos acontecimientos —por que no me cabe duda de que han sucedido— que se cuentan como milagros y sólo se trata de emotivas y bonitas leyendas.

Con la aparición de Santa Leocadia al obispo Ildefonso en el año 660, ante Recesvinto como testigo real, se está elaborando el milagro más trascendental acaecido en España. Toledo recibe a la Virgen María en la santa persona del toledano Ildefonso. Es el año 666. De la aparición de la santa a la descendencia de María existen seis años de diferencia. Buena referencia para no olvidar jamás estas dos fechas.

Aparte de los milagros reconocidos por la Iglesia, Toledo está flotando en un mar de aguas milagreras. Pero conviene establecer alguna diferencia entre milagrero y milagroso. Toledo es el lugar preciso para que puedan realizarse milagros, por más que los milagros tengan registro en otros muchos sitios.

Un día bajó la Virgen con un regalo material para el que hoy es patrón de esta ciudad: una casulla que San Ildefonso recibe directamente de las manos de María, como premio a esa encendida fe en su virginidad, probada devoción por el escritor toledano en sus textos marianos, cuya explicada defensa mereció atención divina.

Por otra parte, siendo Toledo la ciudad de los Concilios, uno no puede comprender que, en ocasiones, hubiera merecido ser llamada la ciudad de los irreconciliables. Los Silvas, los Ayalas. Raptos, cuchilladas, ¡milagros!...

¡Dios mío, qué ciudad! ¿Es esto ahora Toledo? ¡No! De ninguna manera.

Ahora no es preciso que nos den en los ojos con ese ejemplo macabro de cadáveres desnudos paseados en burro, cuerpos que en vida fueron traidores, o simples enemigos del gobernador Pero Sarmiento; cuerpos muertos y desnudos echados sobre un asno, advirtiendo a los demás que en ello estaba la autoridad del siglo xv. La plaza de Zocodover es testigo, la que hoy simboliza la paz toledana retratada en las terrazas de los cafés y en las gentes paseando su felicidad ajena a los altos contrastes de nuestro pasado.

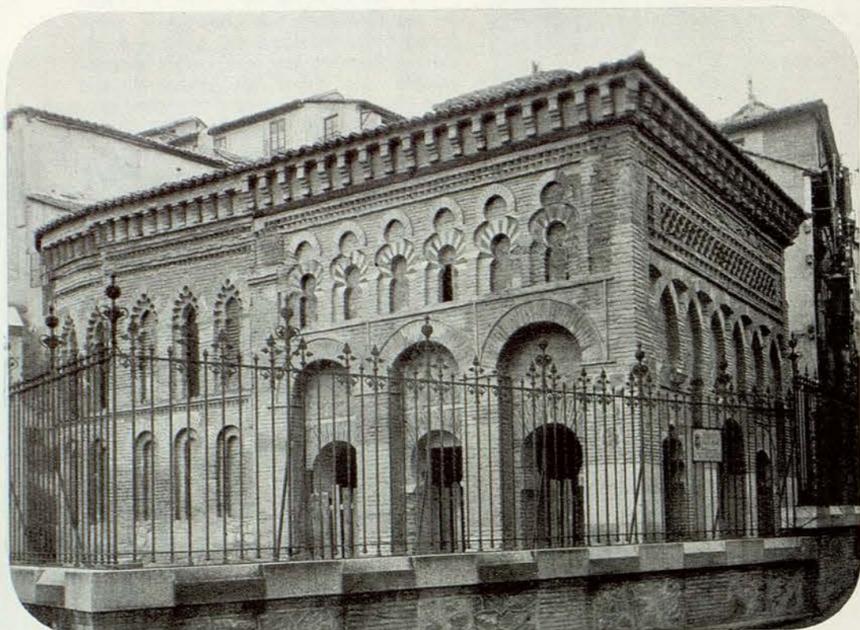
Tiempo para solazarse y tiempo para meditar son dos constantes actuales. Tiempo para pensar —si tenemos tiempo— en los milagros que el pueblo suele repetir, ya de orden legendario. El del entierro del conde de Orgaz, hecho «entierro» pictórico por el cretense y toledano universal que todos conocemos. El del Cristo de la Vega, que, justo y amoroso, aunque testigo más que juez, desclava y descuelga su brazo para resolver un caso humano que hoy carecería de importancia, ya que las promesas de matrimonio, como su incumplimiento, la juventud actual las entiende de otro modo. El del Cristo de la Luz, plural y diverso: La lámpara, ¿Alfonso VI?, ¿el Cid?, ¿el caballo del uno?, ¿el caballo del otro? El judío, la cristiana, los pies envenenados del Crucificado...

Todas, maravillosas leyendas que yo me creo milagros. Todos, maravillosos milagros vertidos a la literatura de leyenda, que yo me creo también haciendo honor a mi toledanismo.

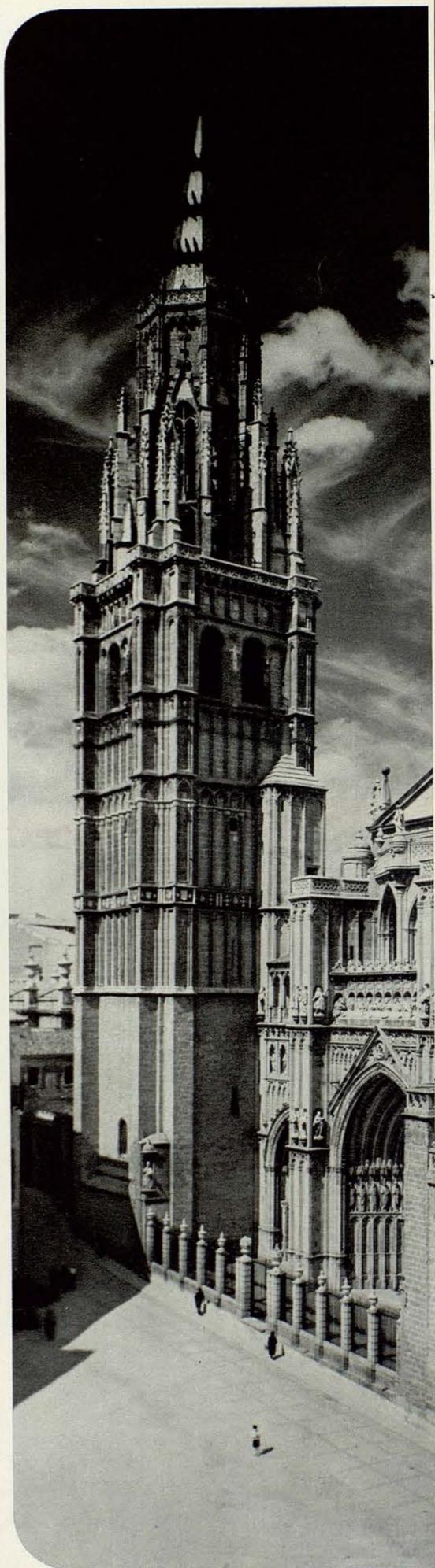
EL CASTILLO DE SAN SERVANDO

En lo que se ve, yo también tengo mis preferencias, y el castillo de San Servando es uno de los tesoros de Toledo que más interés estético me despierta. Es muy frecuente oír cómo se asocian los nombres de Alcántara y San Servando, como una nube a otra nube. Siempre que se habla del puente de Alcántara, sobre todo si es con alguien que no nació o no vivió en Toledo, se pone como punto de orientación al castillo en que Alfonso VI celebra, con la reconstrucción, su suerte en la batalla de Zalaca, o su triunfo en aquella otra batalla final de la guerra de los Siete Años, estos son datos que han quedado siempre subordinados al historiador.

En España, y particularmente en Toledo, tenemos monumentos enormes gracias —muchas veces— a esta clase de conmemoraciones. La catedral toledana parece que tiene mucho que ver con la victoria de la batalla de las Navas de Tolosa. San Juan de los Reyes, con la de Toro, que los portugueses registran como *match nulo* en varios de sus libros, no sé por qué motivo, puesto que Alfonso V el Africano perdió el combate. Si hubieran empatado, todavía estaríamos discutiendo sobre los derechos



Exterior del Cristo de la Luz y talla del Greco, sobre estas líneas. A la derecha, la catedral.



al trono de Castilla, y todos sabemos que éste fue el fin del episodio que lleva a ocuparlo a Isabel.

Era muy frecuente, repito, que los poderosos de todas partes echaran sus júbilos por la borda del barco de la perpetuidad. Así, construir un edificio para iglesia, para hospital o para centro de enseñanza, por ejemplo, tranquilizaba su acelerado estado de ánimo después de cualquiera de esos avatares.

El castillo de San Servando estuvo dedicado a vigilar y proteger el puente de Alcántara desde su forma primitiva, y se debe mucho a sus sucesivas reconstrucciones. Yo sospecho que la que ordenó Alfonso VI para celebrar haber salvado su vida en la batalla de Zalaca..., ganada por Yusuf Ben Texufin en 1086, no fue sólo con esta personal intención. Lo que yo quiero decir es que a un rey estratega, como éste, se le hubiera ocurrido levantar el castillo en cualquier momento, si es que antes de la batalla no lo había pensado y únicamente le sirvió para adelantar las obras y darle un contenido simbólico, que siempre queda bien para los narradores —estilistas— de la Historia.

Si el castillo volvió a caer, siempre encontró a un Pedro Tenorio dispuesto a levantarlo, como tantas cosas toledanas. Lo cierto es que ahí está, reconstruido de nuevo. Uno no puede creerse todas las historias que le cuentan ciertos libros. Sin embargo, no tiene nada de particular que lo habitara el Cid y los monjes de Cluny. Lo cierto es que ahí está, enhiesto sobre la roca que se eleva por encima de la puerta de entrada al puente, dando cara a un enemigo invisible, a quien se le está impidiendo llegar al paso que protege. Y, como diría el poeta «el castillo de San Servando no sabe nada de mí».

BREVE ELOGIO DEL TOLEDO «MALDITO»

Una vez entrado a Toledo, por el puente, por sus puentes o por sus puertas, encontramos las calles, que parecen hechas para pensar o meditar hasta el estremecimiento. Ningún libro sagrado o importante debe leerse en los ratos de ocio, como se leen otros libros. No podemos afirmar que Toledo sea una ciudad sagrada, pero sí que es importante. Tan importante como un libro en el que no se admiten digresiones. Y bendita sea la ciudad que, como Toledo, tiene también calles «malditas», al parecer. Poetas «malditos» de la categoría de Rimbaud, Verlaine y Baudelaire dieron al mundo la más hermosa poesía de su tiempo. Y lugares toledanos de la talla de la calle del Pozo Amargo o de la plaza de San Justo legaron a España las más bonitas leyendas.

La parte que de una u otra forma parece corresponder al Toledo «maldito» es la que va desde el Alcázar hasta la fachada sur de la catedral (puerta de los Leones) es decir, todo el sector sur, iniciado en la histórica espalda de la fortaleza, en donde las vías urbanas comienzan a descender hasta el Tajo. En todo ese cogollo de típicas casas, en todo ese racimo de viviendas honestísimas, encontramos la Posada de la

Hermanidad, la torre de San Miguel, la iglesia de San Lucas, San Justo y San Andrés, entre otras riquezas que también merecen cita destacada. Y cerca del río, allí por donde el río lame las piedras del llamado Toledo «maldito», pasará, levantada sobre las aguas garcilasianas, la deseada cornisa del Tajo, cuya realización está en el ánimo de muchos.

Pues éste es el Toledo que algunos creen que puede proibirse. Ese que contiene calles de tan buenos ejemplos, el que nos dio ejemplos malos en ocasiones para nuestra abominación, aunque lo de «maldito» es más moderno. Por él anduvo Lope —por San Miguel— y tomó inspiración para darnos su comedia «Amar sin saber a quien». Pero también es verdad que por ahí han aparecido los basureros más grandes. Afortunadamente éstos son otros tiempos y podemos andar sin reservas esas curiosas calles. Los mismo rodaderos están mejor cuidados y el río huele bien.

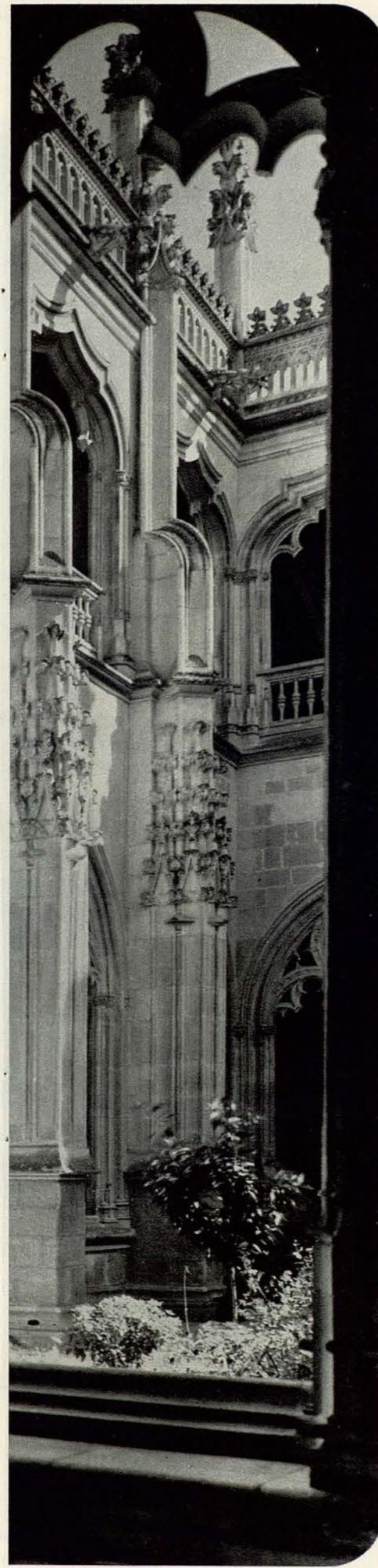
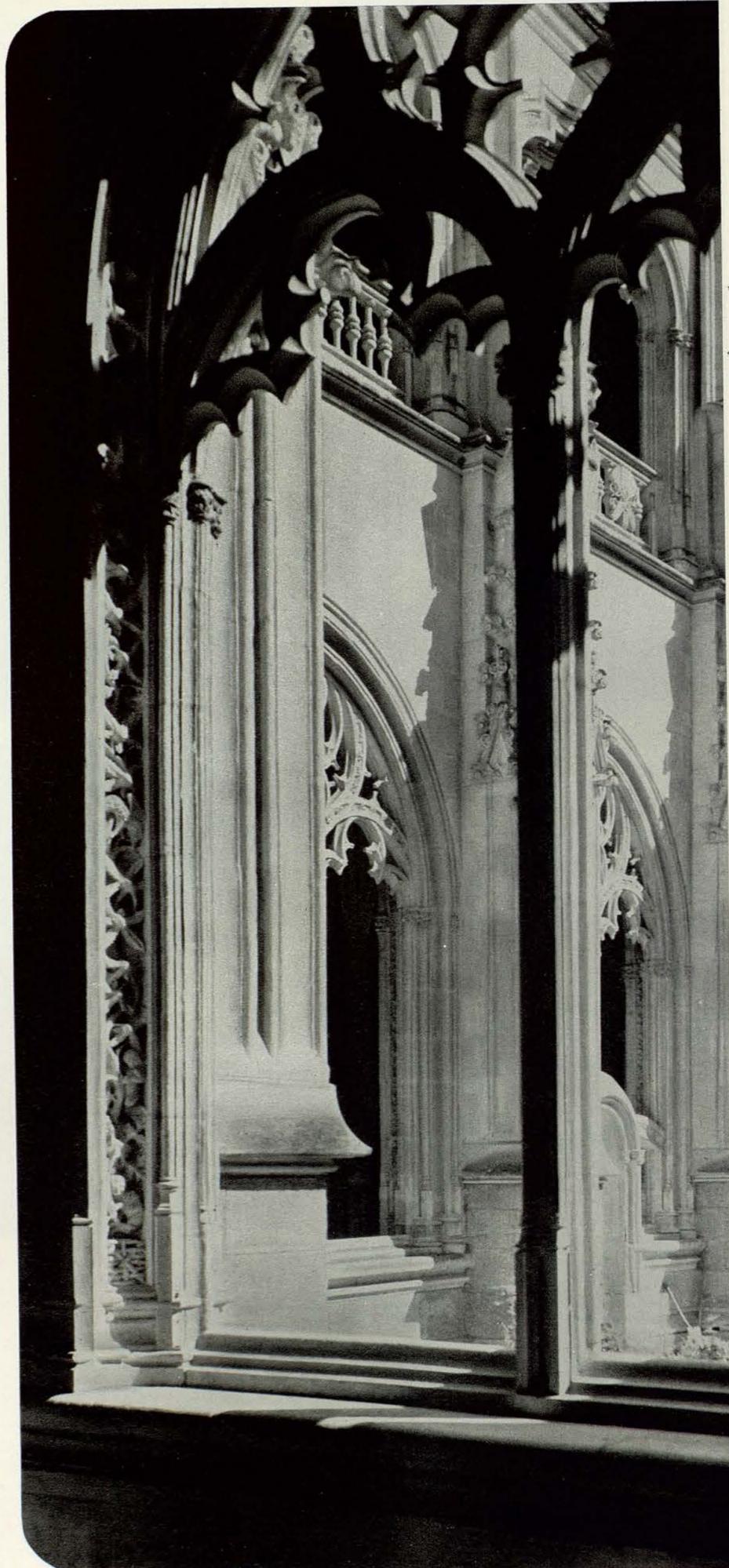
PERO, ¿Y LA CASA DEL GRECO EN PRIMAVERA?

Aunque no lo parezca, las estaciones del año desempeñan un papel importante en lo poético, ya sea moral o físico. Los cuerpos, los volúmenes, cambian de aspecto y proporción. Es un error creer que la primavera es la estación poética por excelencia. Y el error nace de considerar sólo la recreación y floración de los elementos vivos. Es cierto que los seres animados se desenvuelven en primavera con más juventud, con más elegancia, con más ritmo y con más color. Lo que quiere decir en su aspecto más sano y desnudo, dando motivo a la espectacularidad excitante y, por consiguiente, insta a la atención popular...

Para el poeta de verdad no existe la división del tiempo. El niño y el hombre, el frío y el calor, la paz y la guerra, el bien y el mal tienen tanta poesía como la luz y el contraluz, como la propia luz y la propia sombra de las cosas, de los pueblos y los universos. Un poeta, como Baudelaire, escribe *Las flores del mal*. Otro, como Pemán, escribe *Las flores del bien*. Para unos, la primavera es desgarrar o casi muerte. Para otros es multiplicación de la belleza, plenitud, vida. Hay poesía en una madre en pleno alumbramiento y en esta misma madre enlatando pescado en una fábrica de conservas. Lo que no quiere decir que a mi me *touche* la Casa del Greco en primavera más que en cualquiera de sus estaciones hermanas. Aunque he podido sentir en los días primaverales algo más que la frialdad de la realidad o la inadecuación de lo no auténtico. He vuelto a creer que El Greco era un pintor extranjero nacido en Toledo como poeta, o que un *hippy* adelantado se instaló en el barrio de la Judería para pintar al sol o al calor de una lumbre de leña frutal cigarralera. En primavera me he sentido engañado por la verdad o convencido por mis dudas; en verano, todo lo que he visto y oído me ha parecido irrefutable; en otoño he meditado sobre el «algún día —se pondrá el tiempo amarillo— sobre mi fotografía», de Miguel Her-



Museo de Santa Cruz
y, a doble página,
San Juan de los Reyes.



nández; y en invierno he sido un toledano más que toma café y mira con nostalgia la nitidez de las aguas del Tajo, que contemplaba Jerónima de las Cuevas desde alguna de sus ventanas.

La Casa del Greco en primavera produce la extraña sensación de regocijo de esos espejos anamórficos que tanto despreocupa al que se mira en ellos. Se siente uno más feliz. Justiniano, el conserje, te recibe con una sonrisa especial y más abierta que de costumbre. Mora, dominador del patio, ríe de un modo un tanto sicodélico al verme contemplar a los «bargueños» que nos llevan a la anécdota, puesto que él también es bargueño, como los muebles. De la jardinería se ocupa Benjamín, a quien le diga que me recuerda a Rabindranath Tagore entre rosas, celindas y santónico: «Pues hazme jardinero de tu jardín. Tendrás fresca la hierba del sendero por donde vas cada mañana, y mis flores, ansiosas de morir bajo tus pies, te los colmarán de bendiciones». Al final nos despide Arenas con la agradable complacencia del que desea que volvamos sin falta al día siguiente.

Todo huele a un presente de color de rosa, que diríamos profanando el lugar de emplazamiento y la presencia del pasado en los pinceles de El Greco, en los personajes que parecen huir de la tierra por el camino iniciado en esa actitud ascendente del «San Bernardino de Siena». Hay muchos visitantes que roban una flor o una matita de santolina haciendo honor y dando rienda suelta a la mano que desea poseer la belleza en primavera. Y, ¿quién no ha pensado alguna vez robar la belleza de alguien y mantenerse impune dentro de su pureza?

Sin embargo, no es verdad que todo sea tan auténtico como lo pintan, pero basta contemplar una cara feliz para darse cuenta de que el misterio existe y de que no vale la pena darle la vuelta a la moneda buscando un paisaje desolado que nos haga temblar de frío. Así que, por eso, yo no intentaré ni pedir, como Tagore, ser jardinero de tu jardín, puesto que una voz me diría: «¡Jardinero de mi jardín!... ¿Te has vuelto loco?»

EL ENGRANDECIMIENTO

Hasta las grandes cosas, las grandes ciudades, los grandes países, necesitan de un engrandecimiento. Desde que el ex presidente francés dijo en sus «Memorias» que Francia no sería Francia sin su grandeza, las cosas han cambiado algo. De Gaulle —viajero reciente por Toledo— se refería —o se refiere— al mantenimiento de la aureola histórica de su país, es decir, a ese fenómeno idealista que se traduce en un «genio y figura» más que en un aireamiento de poder. Por eso nos sorprenden ciertas situaciones a las que la familia o la vecindad no estaban acostumbradas. Pero el Progreso no nos hace cambiar del todo en nuestra forma de pensar, aunque levantemos el cuello por encima del de don Rodrigo. Acuérdense de lo que era Toledo. Doscientos mil habitantes. Capital de España, sede conciliar. Espejo de la civilización, cuando la

«civilización» era entendida por mentes del medievo, no como se entiende ahora. Claro que, gracias a aquellas gentes, nosotros podemos pensar ahora de otro modo.

Se marchó Felipe II, y todos a perder categoría, excepto los que partieron con él. Toledo descendió considerablemente. Ya nadie más se ocupó con seriedad de que el Tajo llegara un día a ser un río navegable hasta el Atlántico. Pero he aquí que Toledo no muere. No puede morir porque le mantiene vivo un pasado tan glorioso que no se va del pensamiento de nadie. Toledo empieza a vivir de su historia militar, y política, y religiosa, no importa el número de habitantes ni las gentes que se van, porque Toledo va con ellos. He ahí una manera de ver cómo una ciudad se engrandece aun perdiéndolo todo. Algo así como si a un globo gigantesco lleno de nubes perfumadas —perfumantes— le fueran vaciando poco a poco. Esas nubes y ese perfume volarían por los espacios más insospechados haciendo gala de su origen o manantial perfumado, y el mundo vendría a conocerlo aunque ya viajara en platillos volantes.

En Toledo se construyeron palacios, se destruyeron y volvieron a construirse otros diferentes sobre su mismo emplazamiento cimentado. Tuvimos iglesia de Santa María la Mayor, mezquita mayor y catedral primada, amén de casa solariega de San Eugenio, en el mismo lugar, tan sólo separadas por el tiempo y las circunstancias motivadas por conquistas y reconquistas de esta percutidísima «peñascosa pesadumbre» (Cervantes), «montaña precipitante» (Góngora) y otras veleidades literarias por las que tampoco Toledo puede ser uno solo siempre.

La variabilidad de pensamiento —dentro de un común denominador— acerca de esta noble ciudad castellana es precisamente lo que mantiene su grandeza dentro de ese gran espectáculo universal cuyos protagonistas principales son el Arte, la Historia y la Literatura, prestos para salir a escena cuando les corresponde, sin dar mucho tiempo a que ese traspunte llamado Progreso les recuerde la hora exacta o el minuto preciso.

Toledo tiene ahora unos cuarenta y tres mil habitantes, muchos de los cuales estamos de acuerdo en que su tierra no ha de conformarse con vivir del mito (entiéndase «mito» sólo como tradición fabulosa), que es más o menos lo que hemos venido diciendo hasta aquí. Por eso se están esforzando en provocar un resurgimiento que es bien entendido por los que pueden mover las fichas de ese ajedrez que se llama política. De ahí que se estén haciendo cosas francamente increíbles no hace mucho tiempo, y que todos sabemos a quién agradecerse las en la parte que nos corresponde como toledanos.

Engrandecer lo grande parece una redundancia estúpida cuando no se sabe leer. A mí mismo me cuesta trabajo entenderlo bien después de haberlo escrito. Mas no es necesario pensar demasiado en lo que la expresión significa, sino en lo que puede significar si nos hacemos a la idea de que en el mundo de los hombres no hay nada terminado.

